

hablándole a los hombres, les indican lo que ha de acaecer al encontrarse unos con otros.

Jaynes hace un extenso análisis de las historias religiosas tradicionales para descubrir en ella la evidencia de la mente bicameral esquizofrénica en nuestros antepasados. Asocia la disolución gradual de la mente bicameral con el advenimiento de la escritura y con la progresiva implantación de la nueva hipótesis o metáfora del yo o alma, o subjetividad individual, particularmente con la época moderna.

Pero Haynes comete el mismo error que cometen también los fanáticos religiosos: entiende que el progreso de la ciencia y, en este caso, la progresiva disolución de las "voces" y los "dioses" en la mente bicameral, son prueba contundente contra la religiosidad y la fe en Dios. No existe tal incompatibilidad, como no existe incompatibilidad entre nuestro parentesco con los simios y el acto creador de Dios.

Pero juzque el lector por sí mismo y encontrará en esta lectura buenos ratos de interesante información.

**Por: Carlos Ramos Mattei
UPR - Ponce**

Ciordia Mugerza, Javier. Vaivén de Pleamar, poemario. Editorial Mairena, San Juan, Puerto Rico, 101 págs., 1988.

La poesía lírica genuina, por regla general, -salvo muy raras excepciones- es siempre confesional. Una vez, un antólogo me preguntó qué entendía yo por poesía. Y le contesté: "Al poeta auténtico el alma se le escapa de la cárcel del cuerpo -como decía Platón- y en un arranque súbito se llega a las estrellas. Y, desde ellas, le da salida al mundo que lleva secretamente adentro. Por eso, la lírica es siempre confesional. Es la "catarsis" de que tanto nos hablaron los griegos o "la aventura hacia el infinito" a que se refiere Pedro Salinas."

Ciordia no es un fabricante de versos sino un poeta genuino. El no juega con las palabras. No trata de deslumbrarnos con sus hallazgos verbales. No yuxtapone dos o tres términos simples para lograr un vocablo retumbante y deslumbrador. Hay poetas que "fabrican" sus versos como los constructores, arquitectos y albañiles fabrican un edificio. Javier Ciordia, no. El sabe que con la inteligencia y los conocimientos técnicos se pueden hacer versos. Pero sólo con el corazón se hace poesía. Está seguro -como José Asunción Silva- que "los versos se hacen dentro de uno y salen".

Conocíamos algunos poemitas del bardo. Muy pocos. Los puso a mi alcance cuando compartíamos labores en el Colegio Regional de la Universidad de Puerto Rico en Ponce. Los leí. Y consideré, en todo momento, que me encontraba en presencia de un poeta menor, de acendrada sensibilidad y de fino poder expresivo. De manera que mi sorpresa, al enfrentarme con el puñado suyo de sonetos de **Vaivén de Pleamar** -másculos, calientes, atravesados por un rayo de angustia extraterrena- ha sido mayúscula.

Ciordia no es el poeta menor que yo vislumbré en mis primeras lecturas de sus versos. Es un poeta mayor, dueño de un instrumento técnico de primer orden y con una sensibilidad superior, capaz de llegarse hasta el borde mismo del misterio y desafiarlo.

Su poemario es la historia de un conflicto espiritual tremendo que -por años- le ha clavado espinas afiladas en el alma y él lo ha vertido en el verso de un reino de serenidad y de belleza. El mismo lo dice: "**Vaivén de Pleamar**" es la crónica de una desorientación. Una crónica condecorada por la rima. Cada soneto es como una marejada de búsqueda, de decepción, de esperanza liberadora. Todo ocurrió en silencio, en el secreto de la soledad más celosa y de la fosforescencia fatua de la sangre. Todo ocurrió de noche, liberínticamente de noche, mientras se me desintegraban por dentro todos los astros."

"De pronto, el corazón desarraigado por las olas, abandonó la rada y se me fue. Hoy busco un ancla incommovible que lo retenga y lo salve del naufragio."

Y clama angustiado:

*"Dios pidiéndome a mí: ¡Lláname Padre!
Yo, gritándole infiel: ¡Huérfano vivo!
El, rogando tenaz: ¡Abreme, espera!
Y recuerdo el regazo de mi madre.
Y me hundo en mi ayer. Y no percibo
más que un hondo misterio que me altera."*

Su drama interior nos recuerda -en ciertos momentos- el de Unamuno. Tal vez algunos encuentren desatinada la afirmación. Pero entre él y el gran vasco hay puntos de contacto. Javier Ciordia -que tuvo a Dios dentro de sí y sintió toda la gracia de su amor en su cuerpo y en su alma- ahora duda. Se le ha roto la clave para abrir el arcano. En su desesperada agonía, apunta que tal vez la llave para desvelar el misterio sea la ignorancia. Adivino que lo dice con intenso dolor. Su grito: "¡Yo quiero que haya Dios!" nos traspasa la carne y nos llega a lo más secreto del espíritu. ¡Pobre amigo! La duda lo tortura. Y siente la amargura de haber perdido el más supremo Bien. Tiene un tríptico en que dialoga con el Creador que posee una fuerza avasallante. Es el diálogo tremendo del hombre que duda con su Dios.

El poemario tiene sonetos antológicos. Otros -inferiores- no son tan dignos de perpetuarse en un breviario lírico. Pero creo que deben permanecer en el conjunto. Son las sombras del cuadro. El que está inspirado en su hijo es una joyita en que revolotea la ternura como una paloma asustadiza. Y un dardo de luz lo traspasa como una flecha de oro. Yo vislumbro la gracia de Dios en su hijo y en el poema. La obra consta de cinco secciones. En la primera recoge su drama íntimo. Después inserta tres sonetos dedicados a sus hijos, tres a la mujer -inspirados en su esposa Migdalia- y un bello tríptico a la patria absoluta que, para él, es la lengua. Cree, como Unamuno, que "la sangre del espíritu es la lengua." Y cierra con tres sonetos finales que constituyen un hermoso **Canto a la piedra**. El libro es un manojito de cuarenta y dos sonetos.

Indiscutiblemente que este breviario lírico recoge el drama secreto del poeta. Todo bardo -como decía Amado Nervo- lleva un drama muy hondo dentro de sí mismo. De lo contrario, no hay

poesía. Y a Ciordia la entraña se le estremece porque el puñal de la duda lo penetra muy adentro y lo desangra.

Como sonetista, consideramos que Javier es un artista completo. El soneto -creado por Apolo, según Boileau, para tormento de los poetas- lo domina a su antojo. En sus manos, pierde la grave resonancia, la majestad de rey depuesto, para convertirse en un juguete frágil, lleno de luz y sencillez. Por eso, estamos convencidos de que, pese a su agónico vivir, lleva en la frente la estrella de los elegidos...

**Dr. Luis Martínez
Ponce, Puerto Rico**

Romero Herrero, Aida. Paisajes del arco iris. Dibujos de Carmen Bravo Ordoñez. Lima, Perú, Impresora Melodía 1987, 32 pp.

Los versos recogidos en este poemario lanzan unos sentimientos nostálgicos tan profundos que exaltan en el lector una ternura, una paz y una emoción capaz de despertar unas inquietudes hacia la belleza de la naturaleza, del ser y del mundo. Una belleza que notábamos como autómatas, sin sentir el encanto y la fuerza de una naturaleza que refleja nuestras pasiones, nuestros sentimientos y acompaña nuestras ilusiones.

Aunque a través de su poemario, Aida Romero nos incluye unas descripciones de la naturaleza y que la rodea en su patria, Perú, y con las cuales expresa su sentir, su vida y su alegría, no deja de acapararnos para encontrar esos mismos anhelos, nostalgia y vida en nuestro mar, tierra, y en toda esa belleza de este mundo que es la voz de nuestras soledades, alegrías e incertidumbres.

En líneas del poema "Anochecer" como: